



AUTONOMÍA RELATIVA

Juan Ignacio Zavala

Silvio y Massimo

Massimo Tartaglia no pensó la trascendencia de haber salido de su casa aquel día. Tartaglia se acercó al mitin en el que Berlusconi terminaba su intervención y se acercó al lugar en el que estaba el convoy del primer ministro italiano. Sin duda, Berlusconi es uno de los personajes de la política que más repulsa causa fuera de su país. Parece ser que un buen sector del electorado le brinda amplia comprensión y apoyo. Así pues, como todo político, Berlusconi se organiza sus mítines y cosas por el estilo. Actos y eventos similares suceden en todos los países, todos los días.

Sin embargo, Berlusconi no imaginaba lo que un hombre como Massimo Tartaglia es capaz de hacer. El gobernante italiano, magnate, millonario, hombre escándalos, buscador de jovencitas, enamorado de sí mismo, ha de pensar que a él sólo le corresponde la grandeza. La fuerza de su imperio mediático le permite distorsionar eventos, acusar, señalar, moverse con toda tranquilidad en foros donde jamás es cuestionado; al contrario, es defendido y alabado. Nada peor para quien se siente deidad que ser rebajado de un solo golpe al nivel del resto de los mortales. Y eso es lo que hizo Massimo. Le propinó un golpe en la cara con la estatuilla del Duomo de Milán.

El video no deja lugar a dudas del daño causado al líder italiano. Es claro que Berlusconi, todavía confundido por el golpe, intentó hacer algo y se salió del coche al que lo había metido su equipo de seguridad. Apoyado en la puerta, el primer ministro se asomaba. Lo que permitía a la prensa obtener más y mejores imágenes de su cara ensangrentada. Uno de sus escoltas trepado en el techo de automóvil,

luchaba por meterlo al coche; otro intentaba infructuosamente poner una especie de prenda blindada frente a la cara de Berlusconi.

Tartaglia, nos dice *El País*, es un hombre de 42 años que vive todavía con sus padres. Aterrado por el acto de su hijo, el padre alega que tiene problemas psíquicos desde los 18 años. "Odio su política", ha declarado Massimo, que ha generado toda una convulsión en Italia. "No he sido yo, yo no soy nadie", dijo mientras lo detenían. Ya quedó claro que sí fue él y que sí es alguien, pues un hombre que decide meterse en ese tipo de menesteres, así padezca de sus facultades mentales, termina como personaje relevante al menos por algunos días.

No es buena idea alegrarse de lo que sucede en Italia, caiga bien o mal —incluso muy mal— Berlusconi. La violencia como medio de expresión debe ser condenada de manera sistemática y sin exclusiones. Celebrarlo no fomenta ningún tipo de solidaridad y, al contrario, genera respuestas en la misma dirección. Hoy, en Italia se habla de odio, de limitar la libertad de expresión. Es preocupante, y eso que se trata de un golpe en la cara. Imaginemos si Massimo se hubiera decidido a cambiar su vida por la de Berlusconi, porque sabemos que ése es el único requisito para cometer un magnicidio. ■M

juanignacio.zavala@milenio.com

**Nada peor
para quien
se siente
deidad que
ser rebajado
de un solo
golpe al nivel
del resto de
los mortales.
Y eso es lo
que hizo
Massimo. Le
propinó un
golpe en la
cara con la
estatuilla del
Duomo de
Milán**

